

La obra del individuo moderno y el devenir mitante de la economía¹

*The operative workings of the modern individual and
the mythifying becoming of economics*

Ignacio Moreno Fluxà²

RESUMEN

De modo tan subrepticio como crucial, el desarrollo de las teorías y las prácticas de la economía ha estado marcado por un recurso permanente a la noción del individuo moderno, un concepto histórico que esconde, sin embargo, su propio trayecto ideológico. El presente ensayo busca explorar las fisuras que subyacen a dicho concepto y acusar el devenir mitante de su adopción en el seno de la disciplina económica, lo que se traduce en el ejercicio activo de una obra conformada en torno a la figura del *homo economicus*, con todos los riesgos que esta norma antropológica implica. Este trabajo constituye, así, un llamado a repensar la economía desde su raíz misma: la noción de individuo, la de identidad, la de propiedad y la de intercambio, a la luz de una reflexión sobre la comunidad y la posibilidad, desde Jean-Luc Nancy, de una comunidad inoperante.

Códigos JEL: A13, B59, B40

Palabras clave: comunidad, Jean-Luc Nancy, pensamiento económico, filosofía contemporánea, deconstrucción, individualismo metodológico.

ABSTRACT

The development of the theories and practices of economics has been characterised, in a surreptitious but crucial manner, by a permanent resort to the notion of the modern individual, a historical concept which hides, nonetheless, its own ideological trajectory. This essay aims to explore the fissures that underlie that concept and to point up the mythifying becoming of its adoption within economics, which translates into the active construction and put in motion of the figure of the *homo economics*, with all the risks which this anthropological norm entails. This article thus constitutes an *exhort* to rethink economics from its very foundations: the notion of individual, of identity, of property and of exchange, in the light of a reflection on the idea of the community and the possibility, following Jean-Luc Nancy, of an inoperative community.

Keywords: community, Jean-Luc Nancy, economic thought, contemporary philosophy, deconstruction, methodological individualism.

¹ Códigos JEL: A13, B59, B40. Árbitros: Iván López y Edgardo Cerda. Recibido el 2 de marzo de 2018 y aceptado el 15 de marzo de 2018.

² Instituto de Filosofía, Universidad Diego Portales. imoreno@fen.uchile.cl

No doubt men, even now, are capable of much more unselfish service than they generally render: and the supreme aim of the economist is to discover how this latent social asset can be developed most quickly, and turned to account most wisely.
—Alfred Marshall

El *homo economicus* constituye, por antonomasia, la ficción de nuestra época. Un individuo cerrado, volcado sobre sí —como si hubiera tal—, frío, calculador, universal, a-social y a-histórico. Todo se halla en él y sólo en él cabe su realización. La sociedad se conforma nada más que como una narrativa del mito infinito del emprendedor, el sueño de Schumpeter, y la sepultura de la comunidad. La economía mitante: cada quien se forja a sí —como si hubiera tal—; la alteridad como telón de fondo para la obra permanente del *homo economicus*, y en cualquier caso, tan sólo las espaldas de otros *yoés* volcados sobre sí —como si hubiera tal—. La desigualdad, los caídos se configuran como el sacrificio necesario de la obra económica³; monumento de la herencia colosal de la modernidad burguesa: el comercio, el intercambio, la propiedad.

¿Cómo pensar una economía de relaciones y no de átomos? O más bien: ¿cómo deconstruir la economía, su práctica y su(s) teoría(s)⁴,

3 Otra manifestación de nuestro *homo sacer* contemporáneo (ver Agamben, 2006), que vuelve evidente el carácter sacrificial-necropolítico del sistema económico, a menudo camuflado —espectral— en una administración biopolítica (cf. Foucault, 2001) que tampoco se presenta como tal: se oculta en el discurso del emprendedor que se forma a sí mismo. Como los enemigos de la ciudad de Dios de Agustín de Hipona (un símil más que razonable para el capitalismo moderno), la alteridad enfrentada se presenta como una negatividad in-esencial, lo cual desdibuja la necropolítica —y aun la biopolítica— imbuída en la lucha contra las *fuerzas del mal* (ver libros XVIII y XIX de Agustín de Hipona, 1958).

4 ¿No hay sólo una, al fin y al cabo? ¿No es el *homo economicus* el paladín de toda teoría económica? Podrá mudar de nombre, pero siempre se halla ahí, oculto en definiciones,

para desactivar los mecanismos de clausura que subyacen a ella? Materia resbaladiza por su criminal inasistencia a los discursos económicos; tímida maquinadora detrás del telón, oculta tras el lustroso blindaje de la filosofía moderna y su ficción del individuo. Y sin embargo, siempre presente, agresiva, violenta, fascista en su sed de inmanencia, de petrificación mitológica, en su sed de axiomas claros y de límites nítidos que faciliten la gestión de una sociedad disoluta por definición.

El error ha sido siempre hablar de economía en los términos de la economía, admitiendo sin cuestionamientos ese sustrato moderno sobre el que se yergue todo el aparato técnico e ideológico de la disciplina. El ejercicio disruptivo cae, por fuerza, dentro de los propios márgenes que la economía se ha definido. Será necesario ir más allá. Ir allí donde el individuo tiembla y sus límites se desvanecen, donde la singularidad se vuelve plural y donde estamos abiertos cerrados⁵.

La amenaza totalizante ha estado oculta tras la pulida retórica de una ciencia social disfrazada de ciencia y de las no menos despampanantes cifras estadísticas que han querido avalar el desarrollo de la sociedad moderna desde una simple gestión del espacio común. Pero se asoma hoy cada vez con menos miedo. Si en su condición operante —esto es, en el ejercicio del mito transformado en obra activa y permanente en el mundo contemporáneo— el sistema no ha hecho lo suficiente para esclarecer su violencia constitutiva; si su letargo apesadumbrado —una agresión aletargada es menos notoria que una fechoría manifiesta— y su cuidadosa sutileza —ha

oculto en naturalezas arcanas que subyacen a todo modelamiento teórico —ortodoxo o heterodoxo. Y el modelamiento se vuelve, entonces, *moldeamiento*, obturación: una norma antropológica.

5 Nancy (2007), p. 36.

tenido siempre la precaución de esconder sus actos más bajos precisamente ahí: debajo de las páginas del mito económico mismo— han bastado para mantener las apariencias y disimular esa violencia, hoy ésta ya aparece visible. Nos hallamos frente a la embestida fascista desmaquillada: no ya sólo contra migrantes o minorías raciales o sexuales —una arremetida de siglos invisibilizada criminalmente por la propia indiferencia sembrada por este *hombre* moderno (el androcentrismo es pieza constitutiva de la lógica moderna), cerrado sobre sí, sino también contra el ciudadano *correcto*, contra aquel que ha remado a favor de la corriente y no contra ella, y se manifiesta no sólo en pensiones miserables, niveles de desigualdad y marginalidad groseros o en las deplorables condiciones laborales propias de la sociedad de consumo, sino ya en violencia física directa por la vía de la represión policial —al servicio de la economía mitante—, el terrorismo de Estado o el neo-imperialismo del capital.

Y de nuevo, entonces: será necesario ir más allá, donde el individuo tiembla y sus límites se desvanecen, donde la singularidad se vuelve plural y donde el *otro*, la alteridad infinita, irrumpe para disolver el solipsismo cartesiano.



Por ello la cuestión de la comunidad es la gran ausente de la metafísica del sujeto, vale decir —individuo o Estado total— de la metafísica del para-sí *absoluto*: lo que también significa la metafísica del absoluto en general, del ser como ab-soluto, perfectamente desprendido, distinto y clausurado, *sin relación*.⁶

Y así, sin desenmarcarse del pensamiento moderno, partió la economía: del individuo. Las ciencias económicas asentaron todo modelamiento teórico —ortodoxo o no— sobre la base de una lógica de la identidad, del sujeto, de lo propio, de la propiedad; sobre los cimientos del hombre y la mujer cerrados, restringidos a la obturación infinita de un “yo pienso, luego *yo* existo”. Y como en la metafísica del sujeto, entonces, marginó a la comunidad, o tal vez creyó asirla:

La economía se entiende, así, como el estudio de los aspectos y condiciones económicos de la vida política, social y privada del hombre; pero más específicamente de su vida social. El estudio tiene por objetivo la adquisición de conocimiento per se y el obtener una guía en la gestión práctica de la vida, y especialmente de la vida social.⁷

...admitiendo, sin querer, su propio error: “los economistas estudian las acciones de individuos, pero las estudian en relación con la vida social, no individual”⁸. Así, casi de casualidad, Marshall remite a la alteridad de la comunidad desde su propio oxímoron: el individuo atomizado, identitario. O tal vez no, tal vez no hay error; quizá no se invoque a la comunidad en absoluto y sólo se remita a la sociedad moderna, ese mero vivir en común de los átomos arrojados, aquellas vidas aisladas y desperdigadas que se ven enfrentadas unas con otras por un azar impredecible. Quizá la economía se ocupe simplemente de la administración, de la gestión mecanizada de una sociedad entendida como la suma de partes individuales, cada una de ellas volcada sobre sí misma. “Sí misma”, como sólo una obturación de la singularidad puede garantizar. Nos ha-

6 Nancy (s.f.), p. 16. Las citas de este texto han sido corroboradas con el texto original en francés, para lo cual se recurrió a Nancy (1999).

7 Traducción propia de Marshall (2013), p. 35.

8 *Ibid.*, p. 21.

llamos frente a la muerte del plural en lo singular; una muerte que goza (o adolece) de una figura propia, del saltimbanqui idóneo para las acrobacias exigidas por la teoría económica, avizorado en el horizonte de la modernidad: el *homo economicus*. De esta manera, el nacimiento del individuo, aquella mítica ensoñación metafísica moderna, marcó a la disciplina económica desde su inicio. Teñida de una antropología inmanentista que entendió, siempre, la vida como obra, la economía propendió rápidamente en dirección a ese *homo economicus*, sin cuestionar jamás los preceptos subyacentes a este nuevo hombre, a esta nueva mujer. El nacimiento del individuo se volvió a-histórico, una verdad perdida en las lejanías de un tiempo remoto que sin embargo tan sólo yacía algunos siglos atrás.

Y como parte del pensamiento moderno, del que, como vimos, el *homo economicus* se nutre directamente, la economía construyó un concepto de sociedad que se opone, necesariamente, al de comunidad. Sin embargo, la disolución de la comunidad es más clara aún en esta disciplina. En efecto, en la sociedad economicista, como nunca, lo común remite explícitamente a una mera agregación de individuos, y cuando no lo hace, cuando admite una sociedad mayor que la suma de sus partes, la violencia no deja de estar ausente, por cuanto se trata de sociedades identitarias, inmanentes, antropológicas; definiciones ineludibles dentro de una economía cuya inceptión estuvo marcada por el sesgo del individuo, del *en-sí para-sí* del hombre y la mujer modernos. El mito del individuo es constitutivo de la economía desde su inicio, entendido como un origen, un *telos* irrefutable, innegable. Pero no era tal. Nunca fue tal. Nunca hubo tal. En su carencia de juicio crítico, la visión del *homo economicus* devino el sueño de una comunidad operante, deslizándose subrepticamente en el corpus de la economía. Ecurridizo, el

sueño humanista logro inmiscuirse en toda escuela de pensamiento económico, y sin saberlo, todas ellas quedaron al servicio de un proyecto de violencia operática. Tal vez por los distintos matices que diferentes corrientes de pensamiento le dieron, la obra final a la que cada una de ellas aludía permaneció oculta en la diversidad, en sus maquillajes y antifaces policromados. Pero se halla ahí, aún hoy: el sueño del intercambio, del trabajo como la esencia del hombre, el hombre emprendedor; en todo caso, el hombre y la mujer que se valen por sí mismos —como si hubieran tales—. La economía fue siempre, entonces, un juramento infinito de fidelidad al humanismo y, con ello, al proyecto ineludible del hombre moderno. Y sin embargo, la comunidad no era tal. Nunca fue tal. Nunca hubo tal.

La comunidad no tuvo lugar, o más bien, de ser cierto que la humanidad conoció (...) vínculos sociales que nada que ver tienen con aquellos que conocemos nosotros, la comunidad no tuvo lugar con las proyecciones que hacemos de ella sobre estas socialidades diferentes. (...) La *sociedad* no se hizo sobre la ruina de una *comunidad*. Se hizo en la desaparición o en la conservación de aquello que —tribus o imperios— no poseía acaso más relaciones con lo que llamamos «comunidad» que con lo que llamamos «sociedad». De modo que la comunidad, lejos de ser lo que la sociedad habría roto o perdido, es *lo que nos ocurre*—pregunta, espera, acontecimiento, imperativo— *a partir* de la sociedad.⁹

El sueño del hombre originario es, entonces, una ilusión: el espejismo al que nos ha enfrentado la vida en sociedad, tal vez como sublimación necesaria de esta vida en común

9 Nancy, *op. cit.*, pp. 22-23.

que tantos obstáculos ha encontrado en el camino; quizá como un más-allá idílico para hacer sentido no sólo de la barbarie insoslayable del capitalismo, sino de la vida *en* economía: la vida del intercambio, de la reciprocidad obligatoria, de la propiedad y de la eficiencia, de la monetización y la mercantilización; la vida del *mío* y el *tuyo*; la vida, en último término, del *individuo* económico más allá de cualquier régimen específico. Porque es también menester –acláremoslo desde ya– deconstruir la economía en su práctica, aquello a lo que nos referimos cuando hablamos, efectivamente, de *economía*. Y es que volveríamos a lo mismo que con la teoría, que no ha sido más que el rezagado compañero de los hechos históricos, también asociados a ese individuo moderno que es, precisamente, el ciudadano de los burgos, este hombre que empieza a ser sujeto y volcar su espalda al mundo, centrándose en sí como si realmente hubiera tal.

¿Cómo entender la economía desde su inoperancia? ¿Cómo desactivar los dispositivos de individualismo e inmanentismo que constituyen un peso muerto que la economía carga desde su inicio? Y si se consigue desactivar la obra económica, ¿qué queda? ¿Quedaría siquiera algo que podamos llamar *economía*? Para responder a estas interrogantes, será preciso remitir a nuestra finitud, pues en ella encontramos el fracaso de la comunidad como obra, y lo mismo aplica para la comunidad operática que la economía, negligente rectora de la vida moderna, ha configurado en los últimos siglos. Pensada radicalmente, nuestra finitud supone la imposibilidad del acabamiento, pues siempre habrá un desborde, una apertura permanente en el seno de esa obra de clausura. La finitud desvanece, inacaba las ideas de *sujeto*, de *individuo* y, más aun, la de *sociedad*, y a la vez, hace aparecer por fin la de comunidad, no ya como obra ni como proyecto activo (ni como gestión de lo común), sino como un acontecimiento sin límites.

En nuestra finitud, nos encontramos con el *otro*, no ya como una alteridad aislada, sino como parte constitutiva de aquella singularidad que parecía –sólo parecía– obturada. Porque el individuo no surge de una afirmación, sino que se trata, más bien, del “residuo que deja la experiencia de la disolución de la comunidad (...) el resultado abstracto de una descomposición”¹⁰. Y como vimos, constituye “una figura distinta y simétrica de la inmanencia: el para-sí absolutamente desprendido, tomado como origen y como certeza”¹¹. El individuo, la unidad indivisible, es el vástago trunco de una comunidad desperdigada, una extremidad sin cuerpo que busca bastarse a sí mismo y abarcar el universo que le rodea, que en último término, por cierto, está en él, *es* él. Y sin embargo, lo único propio de este individuo es su finitud, reflejada en la única certeza de la que es capaz: su propia muerte. Sólo su objetivación, esa dolorosa alienación que se le escapa de las manos, es capaz de revertir esa mortalidad escabrosa: la insoportable ironía para el ego pueril de ese individuo que todo lo quiere y que cree que puede.

Incluso en el espacio de la dispersión de los átomos parece haber algo en medio que difumina todo borde, toda vez que “no se hace un mundo con simples átomos. Hace falta un *clinamen*. Hace falta una inclinación del uno hacia el otro, del uno por el otro o del uno al otro. La comunidad es al menos el *clinamen* del «individuo»”¹². En la economía, los límites claros, altos, firmes. Individuos abandonados a su esfuerzo personal, a su fuerza y su condición. Volcados sobre sí, de nuevo, como si realmente hubiera tal, sin ver la contradicción de su propia formulación, de su propia definición:

10 *Ibid.*, p. 15.

11 *Ibid.*, p. 15.

12 *Ibid.*, p. 15.

aquello que está absolutamente separado encierra en su separación algo más que lo meramente separado. Vale decir la separación misma debe ser encerrada, la clausura no sólo debe clausurarse sobre un territorio (quedando no obstante expuesta, por su borde externo, al otro territorio, con el cual de este modo se comunica), sino sobre la clausura misma, para reafirmar la absolutez de la separación. Lo absoluto debe ser el absoluto de su propia absolutez, so pena de no ser. O bien: para que yo esté absolutamente solo, no basta con que lo esté, todavía hace falta que sea el único que está solo.¹³

El singular se vuelve plural, se abre en su finitud y se expone a una alteridad constitutiva, y la comunidad inoperante aparece: la economía se desprende del individuo y emprende el desafío de asir el infinito, la apertura de lo singular. La configuración desde el individuo se vuelve de cabeza y la alteridad penetra al individuo hasta resquebrajar sus límites y restituirlo como un singular plural. Dirá Nancy:

Excluida por la lógica del sujeto-absoluto de la metafísica (Sí, Voluntad, Vida, Espíritu, etc.), y en virtud de esta misma lógica, la comunidad viene forzosamente a *mermar* a este sujeto. La lógica del absoluto lo *pone en relación*: pero esto no puede, evidentemente, establecer una relación entre dos o más absolutos, así como tampoco puede hacer de la relación un absoluto. Esto deshace la absolutez del absoluto. La relación (la comunidad), si la *hay*, no es sino lo que deshace en su principio —y sobre su clausura o sobre su límite— la autarquía de la inmanencia absoluta.¹⁴

13 *Ibid.*, p. 16.

14 *Ibid.*, p. 16.

¿Queda algo? ¿Hay economía? ¿Debería haberla? Nos quedamos sin economía, al menos en la acepción tradicional del término. A tal profundidad ha calado el individuo moderno en la teoría y la práctica económica, que el devenir plural de este singular antes obturado, su apertura infinita, es también la borrada de los límites de la propia disciplina económica, un vórtice que se abre de par en par en el seno de ésta y la perturba hasta sus cimientos. No es un resultado sorprendente. La inmanencia está patente en todos los estratos: en los más básicos axiomas teóricos, en las leyes de toda escuela de pensamiento, en la matematización de la economía, en su descarado humanismo, en el ego implacable de una ciencia social con delirios de grandeza, en sus multifacéticos mitos y ante todo, en su obrar permanente, el placer de la predicción y del orden social acabado, inalterable.



La economía se ha convertido en el terreno de configuración del mundo por excelencia. Su violencia, oculta en el carácter apolítico de su praxis y pseudocientífico de su teoría, y cuyo ejercicio ha adquirido una fuerza crítica, hace preciso reflexionar en torno a las raíces mismas de aquello que entendemos como economía. En esa exploración, el individuo y, en general, las visiones operáticas del hombre y la mujer emergen como elementos constitutivos de la disciplina, de modo que para desactivar la economía es necesario remitir al individuo mismo, a la inmanencia antropológica que forma una amenaza permanente.

Arribamos a la alteridad y a la inoperancia de la comunidad: somos singulares plurales, estamos abiertos cerrados, en nuestro seno yace una apertura inclausurable, una apertura infinita que reside precisamente en nuestra finitud, y que nos vuelve, en último término, inoperantes, fuera de todo proyecto mitante

que busque cerrar, definir, marginar y sacrificar. Es la vía para de-mitificar la economía y abrir las puertas en el seno de una disciplina que se ha sumergido demasiado en el ostracismo. Lo fundamental, ciertamente, será que esas puertas se mantengan abiertas. Tal como nosotros.

REFERENCIAS

Agamben, G. (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (2a reimpr., 1a ed.). Valencia: Pre-textos.

Agustín de Hipona (1958). *Obras de San Agustín. Tomo XVII: La Ciudad de Dios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Marshall, A. (2013). *Principles of Economics* (reimpr., 8a ed.). Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Nancy, J-L. (s.f.). *La comunidad inoperante* [versión digital]. Santiago: Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.

NANCY, J-L. (1999). *LA COMMUNAUTÉ DÉSŒUVRÉE* (3A ED.). PARÍS: CHRISTIAN BOURGOISÉDITEUR.